

EL «RELEVO DE LA BARBARIE»: LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE UN FECUNDO ARQUETIPO CLÁSICO

Resumen: El *barbarus* fue un concepto que existió de forma paralela a la propia Historia de Roma. Tomado de la cultura griega, en la que nació, los romanos, sin embargo, introdujeron ciertas novedades que lo hicieron más flexible: particularmente en lo que concierne a la renovación del bárbaro arquetípico. Así, desde el celta del siglo IV antes de Cristo al huno de finales del siglo IV después de Cristo, observamos que el bárbaro representa prácticamente la misma amenaza para el Imperio Romano, pero se encarna en distintos pueblos extranjeros según las circunstancias históricas.

Palabras-clave: Bárbaro, Roma, etnografía clásica, *Barbaricum*, *Ferocia*, *Romania*, alteridad, fronteras, poder imperial.

Abstract: *Barbarus* was a concept that existed in a way parallel to the History of Rome. Taken of the Greek culture, in which it was born, the Romans, however, introduced certain novelties that made it more flexible: particularly about the renovation of the archetypical barbarian. Thus, from the Celt of the IV century B.C. to the Hun of the IV century A.D., we observe that paradigmatic barbarian practically represents the same threat for the Roman Empire, but is incarnated in different foreign peoples according to historical circumstances.

Key words: Barbarian, Rome, classical ethnography, *Barbaricum*, *Ferocia*, *Romania*, otherness, frontiers, imperial power.

«Los bárbaros son tan necesarios para el buen funcionamiento de una cultura, que si no los hay, se inventan, tomando los materiales de los sitios más diversos y configurándolos o transfigurándolos en las direcciones más variadas»¹.

Tarde o temprano, cualquiera que se acerque al estudio de la civilización latina se encuentra con un elemento ineludible: el concepto del *barbarus*. Ineludible porque es inherente a la propia naturaleza de dicha civilización; es decir, si existe un *Romanus*, individuo que participa de una serie de rasgos culturales, sociales, políticos y económicos definidos, ello ocurre porque también existe su imagen contraria, la que se caracteriza por suscribir las actitudes inversas y que definen a la parte romana (positiva) por oposición y contraste. Tal imagen contraria (y negativa, huelga decirlo) es la del *barbarus*. Para subrayar esta oposición se reforzó otro concepto que separaba tajantemente en el espacio, aunque incluso más en el pensamiento, ambas dimensiones: el *limes*, la frontera que demarcaba el universo imperial frente a lo que en, en tiempos tardoantiguos, se conoció como *Barbaricum*².

¹ C. Alonso del Real, 1972, *Esperando a los bárbaros*, Madrid, p. 92.

² H.W. Elton, 1996, «Defining Romans, Barbarians and the Roman frontier», en *Shifting Frontiers in Late Antiquity* (Aldershot), p. 126, n. 4.

Hasta el más lego en la materia, si hace un poco de memoria, podría recordar, al menos, media docena de nombres de pueblos bárbaros: alamanes, alanos, anglos, austurianos, bastarnos, blemmies, cántabros, catos, cimbrios, cuados, escotos, francos, galos, gétulos, hérulos, hunos, jutos, masagetas, marcomanos, mauros, ostrogodos, panonios, pictos, queruscos, sármatas, sarracenos, suevos, teutones, tracios, vándalos, visigodos... La lista resulta aún más larga que la tan temida de los Reyes Godos que nuestros abuelos y padres estudiaron en el colegio, so pena de recibir algún pescocón si olvidaban un nombre o si alteraban el orden de los mismos. Y, sin embargo, la mayor parte de ellos aparecen en los textos y en la iconografía clásicos con unos rasgos compartidos, como si realmente pudieran agruparse bajo una misma denominación, como si en lugar de muchos pueblos foráneos existiera uno solo.

¿De qué manera llega a acuñarse esta imagen estándar? Para explicarlo debemos remontarnos a la génesis del concepto del *barbarus*. Tal concepto pasó a Roma desde la cultura griega. En ésta, el enemigo externo era, fundamentalmente, el que no hablaba la lengua de Homero, lo que le convertía en un ser inferior pero no sólo desde el punto de vista cultural: existe en el arquetipo griego un matiz de superioridad que se apoya en un claro mensaje racista³. Dicha imagen tomará cuerpo a partir de las Guerras Médicas: al triunfar sobre los poderosos orientales, los helenos abandonan el preeminente criterio de diferenciación lingüística para abrazar un dualismo que les otorgaba a ellos la civilización y la libertad, mientras que los bárbaros se definían como pueblos extranjeros, incivilizados y, sobre todo, carne de esclavitud. Es este hito, según el profesor Luiselli, el que otorga carta de naturaleza literaria a la Etnología clásica⁴. Ni siquiera el cosmopolitismo que caracterizó al Imperio de Alejandro Magno y a los reinos de sus sucesores logró suavizar la diferenciación entre griegos y no griegos⁵.

Roma recibe este concepto del mundo griego. Sin embargo, el propio carácter pragmático del pueblo del Lacio modificará el esquema del enemigo exterior. Así, éste no era sistemáticamente rechazado, sino que incluso podía integrarse en la esfera del Imperio si ello resultaba beneficioso para el Estado: recordemos los fenómenos de asentamiento y reclutamiento de *externae gentes* durante la Antigüedad Tardía⁶. Tampoco existe una segregación de tipo racista en la nueva versión, sino más bien una discriminación de índole jurídico-administrativa. En otras palabras, el bárbaro es, para los romanos, el diferente, y se relaciona más con un propósito de oposición que con uno nacional, con la existencia de alguien a quien vencer y dominar, el reflejo, en todo caso, de lo negativo para el orden y la salud del Estado. Ello significa, en última instancia, que mientras que el concepto griego se mantiene más o menos rígido y uniforme con el transcurso de los siglos, el romano se adaptará a las circunstancias y, sobre todo, a las distintas épocas y a sus respectivos problemas: de esta forma, el *barbarus* mantiene unas líneas esenciales a lo largo de toda la Historia de Roma que le definen como amenaza, pero también admite una serie de matices novedosos que responden a su utilidad política. Dicho de otro modo: el bárbaro existe siempre para los romanos, bien que no siempre es el mismo bárbaro.

También hay que tener en cuenta que las descripciones de las *externae gentes* se hallan muy condicionadas por convenciones literarias y prejuicios heredados, con lo cual resulta muy difícil saber

³ C. García Gual, 1990, «La utilidad de los bárbaros», *Claves de Razón Práctica* 5, pp. 64 ss.

⁴ B. Luiselli, 1992, *Storia Culturale dei Rapporti tra Mondo Romano e Mondo Germanico*, Roma, pp. 135-136.

⁵ Aristóteles (*Pol.*, I, 2, 4), quien metía en el mismo saco a mujeres, esclavos y bárbaros, percibió a su discí-

pulo Alejandro para que tratara a los griegos como amigos y esclavizara a los que no eran griegos.

⁶ Como trabajo de síntesis, *vid.* nuestro «Las *externae gentes* bajo los estandartes de Roma: asentamiento y reclutamiento bárbaros en las *Res gestae* de Amiano Marcellino», *Romanobarbarica* 17, 2000-2002, pp. 85-115.

qué hay de cierto en cada relato de los distintos autores clásicos: durante los tres primeros siglos del Imperio es patente el desinterés de las autoridades romanas a la hora de adquirir información sobre los pueblos vecinos⁷. Los territorios del norte de Europa apenas se conocían, y los emperadores obtenían las escasas noticias disponibles sólo a través de expediciones (algunas de las cuales acaban en desastre), de informes de gobernadores provinciales (en muchas ocasiones falseados), de embajadas extranjeras y, sobre todo, por lo que leían en las obras de historiadores y geógrafos que no siempre se ajustaban a lo exacto: las limitaciones de las vías de comunicación, la ausencia de instituciones que se hicieran cargo de la política exterior, el poco desarrollo práctico de la geografía y de la cartografía y la estereotipada y retórica información que se transmite, de forma invariable, a través del tiempo no facilitaron, precisamente, un conocimiento fiel de lo que aguardaba a Roma más allá de las fronteras. Y no será hasta el siglo VI, con los emperadores bizantinos Justino II y Mauricio, que surja un auténtico interés por el correcto conocimiento de los bárbaros y de su geografía, reflejado en los tratados militares⁸.

No vamos a entrar, por cuestiones de espacio, en el análisis de las distintas facetas de nuestro «bárbaro literario», temible y temido, que hallamos en la literatura clásica (que si era nómada, que si se vestía con pieles, que si devastaba a diestro y siniestro o si comía carne cruda, etc.), pues lo que nos interesa aprehender es que, en general, la literatura grecolatina tendió a sistematizar sus connotaciones negativas. Para ello recurrió a utilizar un criterio geográfico simplificador. Así, mientras los pueblos del norte poseían *ferocia* como rasgo dominante⁹, los bárbaros meridionales participan de actitudes como *vanitas*¹⁰. A partir de estos «vicios-matriz», se desglosan otros siguiendo este mismo criterio geográfico: a los nortehños se les atribuyen vicios como *saevitia*, *gula*, *vana gloria*, *crudelitas*, *ferocitas*, *stultitia*, *duritia*, *ira*; a los sureños y orientales les corresponden *invidia*, *cupiditas*, *perfidia*, *astutia*, *fallatia*, *levitas* o *varietas*¹¹. Frente a todos estos valores negativos se oponían otros positivos (romanos) como *humanitas*, *constantia*, *fortitudo*, etc.

En todo caso, el bárbaro siempre es susceptible de ser criticado, incluso cuando parece reunir cualidades propias del modo de vida mediterráneo (*vid.* Tac., *Germ.*, XLV, 4-5). Y es que por mucho que destacasen los extraliminares en cualquier aspecto positivo, siempre se les consideraba como la fuente de los vicios y de los comportamientos irracionales. Para Polibio (XI, 34), la anarquía era el distintivo de los bárbaros. Más de quinientos años después los literatos defenderán exactamente lo mismo. Ahí tenemos el caso paradigmático de Amiano Marcelino, para quien el concepto de *licentia* sintetizaba el comportamiento arquetípico extraliminar, plagado de desviaciones y caracterizado por una fuerte arbitrariedad: la inmoderación constituye el gran pecado del bárbaro¹². Esta inmoderación puede traducirse en muchas actitudes, individuales aunque sobre todo colectivas, que ofrecen una impresión de irracionalidad; dicha impresión hizo acuñar a los

⁷ A.D. Lee, 1993, *Information and frontiers. Roman foreign relations in Late Antiquity*, Cambridge, pp. 33-34.

⁸ G. Traina, 1986-1987, «Aspettando i barbari. Le origini tardoantiche della guerriglia di frontiera», *Romanobarbarica* 9, p. 249.

⁹ Vitr., VI, 1, 10 ss; Sen., *Ir.*, II, 15, 4 ss.; Plin., *N.H.*, II, 189 ss, pensaban que el frío de estos territorios predisponía a sus habitantes a la violencia.

¹⁰ A. Bracciotti, 1993-94, «Le due redazioni del *De proprietatibus gentium* e il loro rapporto con la tradizione barbarologica latina», *Helikon* XXXIII-XXXIV, pp. 446-447.

¹¹ Y.A. Dauge, 1981, *Le Barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et de la civilisation*, Bruxelles, pp. 654 ss.

¹² R. Seager, 1986, *Ammianus Marcellinus. Seven studies in his language and thought*, Columbia, pp. 25-26; 132; en pp. 3-8, ha estudiado los diversos términos latinos que Amiano utiliza para designar la inmoderación: *inmodicus* (que condena una amplia variedad de crímenes y errores) e *immanis* (su uso individual señala un salvajismo monstruoso del bárbaro concreto) son los más comunes.

romanos un concepto: *libido*¹³. Es decir, bárbaros como los germanos actuaban exclusivamente guiados por el capricho o por la cólera: y esa incapacidad de sustraerse a sus pulsiones era lo que les llevaba a la perdición. En lo que a los bárbaros del norte se refiere, los romanos hablaron siempre de un calificativo esencial para manifestar tal carácter incontrolado: *feritas*¹⁴, opuesta a la *humanitas* del hombre civilizado.

Pero, en profundidad, el concepto del bárbaro resulta mucho más complejo. Para comprender esto debemos recordar un principio básico: «Lo bárbaro, cuando existe, es contemplado desde una alta cultura. En esencia, lo bárbaro es la alteridad en oposición a la conciencia de ipseidad que de sí tiene un pueblo o comunidad»¹⁵. El término *Romania*, sin ir más lejos, que designa los límites de la soberanía de Roma, no se entiende si no es en oposición al bárbaro¹⁶. Este sentido de antagonismo nos lleva a un punto de partida simple y complicado a la vez: el bárbaro es el otro; sin embargo, el otro puede adoptar múltiples formas, según se desee o en virtud de las distintas épocas históricas. Los mismos romanos utilizaban diversos nombres para calificar al no-romano. Los términos *exterus* o *externus* fueron los que aquéllos usaron para designar al extranjero: y poseían un matiz geográfico, no ético ni jurídico. Asimismo, los pueblos menos civilizados recibían el apelativo de *nationes* o *gentes*, frente a fórmulas más desarrolladas como *populus* o *civitas*, propias de la cultura latina: de este modo, a finales de la República, *gentes* y *nationes* ya habían adquirido connotaciones de subordinación militar y jurídica frente a Roma¹⁷. No obstante, tampoco es ésta una regla inmutable. De igual manera que los calificativos cambian con el paso del tiempo, también existe un bárbaro por antonomasia que varía según el período histórico.

El monopolio de la *feritas*, el gran vicio del bárbaro norteño, lo poseerán, en un principio, los celtas. Cuando Julio César emprendió su aventura gálica, aún se recordaba con horror el saqueo de Roma por las hordas de Brenno, hacia el 390 a. C.¹⁸ El mundo de los galos, el corazón de la Céltica, sólo era conocido en la Roma tardo-republicana de una forma superficial. Pero a partir de aquí se acuñaría un arquetipo cultural tan sólido que advertiremos su eco cuatro centurias más tarde en Amiano Marcelino¹⁹: el del galo saqueador y sacrílego, exponente de la máxima barbarie imaginable²⁰, prototipo del bárbaro genérico cuyo modelo se adaptará con facilidad a otros pueblos (germanos, dacios) ya en los primeros decenios del Imperio²¹. Hasta tal punto se graba esta

¹³ Vid. este concepto en autores tan distintos como Horacio (*Carm.*, IV, 12, 7-8) y Lactancio (*De mort. pers.*, 38, 3).

¹⁴ D. Lassandro, 1980, «La rappresentazione del mondo barbarico nell'oratoria encomiastica del IV secolo D.C.», *Invigilata Lucernis* 2, p. 197: *feritas* indica la naturaleza salvaje del bárbaro, la grosería de sus costumbres, su obstinación, su locura autodestructiva, su violencia en general.

¹⁵ F.J. Lomas, 1981, «Bárbaros y barbarie en Estrabón», *Actas del I Congreso Andaluz de Estudios Clásicos* (Jaén), p. 18.

¹⁶ J. Zeiller, 1929, «L'apparition du mot *Romania* chez les écrivains latins», *R.E.L.*, pp. 194-198; E. Fehrlé, 1925, «*Romania* bei Ammianus Marcellinus», *Philologische Wochenschrift* 5, pp. 381-382.

¹⁷ D.B. Saddington, 1961, «Roman attitudes to the *externae gentes* of the North», *A.Class.* IV, pp. 91-92; S. Teillet, 1984, *Des Goths à la Nation Gothique. Les ori-*

gines de l'idée de nation en Occident du V^e au VI^e siècle, Paris, p. 36: *nationes*, que autores como Salustio o Cicerón emplean como sinónimo de *gentes*, designa «científicamente» a las distintas etnias.

¹⁸ J. Martínez-Pinna, 1978, «Camilo y los galos. Nota sobre la invasión celta en Italia en el siglo IV», *H.Ant.* VIII, pp. 7-16: la humillación fue de tal calibre que los autores posteriores al servicio del Estado hubieron de enmascararla con tintes religiosos y de venganza divina.

¹⁹ M. Sordi, 1979, «Ellenocentrismo e filobarbarismo nell'exkursus gallico di Timagene», en *Conoscenze Etniche e Rapporti di Convivenza nell'Antichità*, a cura di M. Sordi (Milano), pp. 34-35.

²⁰ C. Peyre, 1970, «Tite-Live et la ferocité gauloise», *R.E.L.* XLVIII, p. 295.

²¹ X. Lafon, 1984, «Sur quelques représentations iconographiques des habitants de la Narbonnaise de César à Tibère», *Ktema* 9, pp. 89-95.

imagen del *tumultus*²² gálico en la conciencia colectiva romana que va a condicionar la visión del bárbaro por los latinos, de ahora en adelante, con el paradigma de los celtas²³.

El retrato que César nos legó sobre los galos se basó en buena parte en una labor libresca, sobre todo en las noticias que de los mismos habían dejado autores como Posidonio; pero también ofrecía una gran medida de información novedosa, recogida durante una década de contacto directo casi sin interrupción²⁴. Así, César introduce por primera vez en la literatura latina la distinción, cultural y étnica, entre galos y germanos (*B.G.*, I, 31, 5; VI, 21, 1)²⁵, correspondiéndoles a los primeros un estadio evolutivo superior al de los segundos²⁶. Mientras que los galos cesarianos habían abandonado la *ferocia* como distintivo nacional y se hallaban preparados para integrarse en la órbita romana, los germanos comienzan a tomar el relevo de la amenaza bárbara y se convierten ahora precisamente en eso: en los bárbaros arquetípicos²⁷. Naturalmente, lo que César manifestaba con tal distinción era la voluntad, por el lado romano, de la asimilación de los pueblos vecinos, propia de un contexto histórico de imperialismo y conquista en el que la presunta afinidad de los vencidos se convertía en la clave para justificar el esfuerzo de un proceso de absorción política y cultural. Es la línea que mantendrá Estrabón, cincuenta años más tarde, bajo la era de Augusto.

Posteriormente, cuando el avance militar romano se afiance en el Rin, los germanos tomarán definitivamente el relevo de la barbarie²⁸, y se consolidarán en esta posición gracias sobre todo a la pluma de Tácito. Pero antes de llegar a finales del siglo I d.C., como una especie de ínterin de transición entre galos y germanos, aparecen otros pueblos como los tracios o los cántabros, por poner dos ejemplos significativos, que se convierten en paradigmas de la barbarie. Los tracios sustituyeron, a partir de la República, a samnitas y galos como bárbaros genéricos, forzados a combatir en las arenas de los anfiteatros romanos²⁹; para Tácito (*Ann.*, IV, 48, 1; 43, 6; 47, 2) constituían un pueblo reacio a someterse al orden romano. E incluso en tiempos tardoantiguos observamos el recuerdo de su estigmatizado pasado bárbaro³⁰. En cuanto a los cántabros, constituyeron una de las manifestaciones propagandísticas más conseguidas de la era de Augusto³¹, cuyos ecos, sin embargo, aún se percibirán en un autor del siglo V como es Orosio.

Los germanos tomarán el relevo de la barbarie, de forma definitiva, a través de su gran descriptor: Tácito. Suscribiendo los tópicos negativos de la tradición, este autor no perfilará un germano único:

²² F. Marco Simón, 1993, «*Feritas celtica: imagen y realidad del bárbaro clásico*», en *Modelos ideales y prácticas de vida en la Antigüedad clásica*, Falqué, E., Gascó, F., eds. (Sevilla), p. 149, ha definido este fenómeno como «esa declaración estatal de ansiedad defensiva y de preparación para la invasión bárbara, que constituye una formalización del terror típicamente romana que arranca, precisamente, de la invasión del 390».

²³ F. Marco Simón, art.cit., p. 150.

²⁴ E.A. Thompson, 1965, *Una cultura barbarica: I Germani*, Roma-Bari, 1976 (= *The early Germans*, Oxford), p. xi; B.M. Bell, «The contribution of Julius Caesar to the vocabulary of ethnography», *Latomus* 54, 4, 1995, p. 753.

²⁵ Para R. Oniga, F. Borca, 1996-1997, «La immagine della Germania in età romanobarbarica: riprese di modelli culturali classici», *Romanobarbarica* 14, pp. 80 ss., el concepto geopolítico de los «germanos» se consolida en

el *De Bello Gallico* frente a la tesis de Posidonio-Estrabón del carácter céltico de aquéllos.

²⁶ A.N. Sherwin-White, 1967, *Racial prejudice in Imperial Rome*, Cambridge, pp. 31-32.

²⁷ G. Freyburger, 1976-1977, «César face aux Barbares: sens et emplois du mot *barbarus* dans le *De Bello Gallico* et le *De Bello Civili*», *Bulletin de la Faculté des Lettres de Mulhouse* VIII, p. 17.

²⁸ F. Marco Simón, art.cit., pp. 150-151.

²⁹ J. Maurin, 1984, «Les Barbares aux arènes», *Ktema* 9, p. 105.

³⁰ *Vid.* Amm.Marc., XXVI, 7, 5; Aus., *Epigr.* 19.

³¹ *Vid.* M. Salinas de Frías, 1998, «La guerra de los cántabros y astures, la etnografía de España y la propaganda de Augusto», en Hidalgo, M.J., Pérez, D.R. Gervás, M.J., eds., en *Romanización y Reconquista en la Península Ibérica: nuevas perspectivas* (Salamanca), pp. 155-170.

el de las *Historiae*, por ejemplo, no recibe el tratamiento tan hostil que aparece en la *Germania*³². Pero además, el germano taciteo es original en cuanto que, por vez primera en la literatura latina, el bárbaro-tipo abandona su rol de amenaza externa para la seguridad del Imperio y se convierte en instrumento-excusa para abordar problemas internos de Roma³³. El recuerdo del mundo romano sacudido por la guerra civil, la preocupación por una *pax emoliens* que mine la eficacia del ejército imperial, la relajación de las costumbres, la tiranía de los emperadores, éstas son las cuestiones que realmente preocupan a Tácito y para las que la utiliza al extraliminar. Así, en un momento en que Trajano ha roto la estabilidad de los *límites*, las *Historiae* subrayan el hecho de que «la grandeza de Roma se sustenta sobre dos pilares: paz interior-victoria exterior»³⁴.

Los germanos, en general, ostentarán el rol de bárbaros por antonomasia hasta que una de sus ramas, los godos, imponga su peso específico en el siglo III. Hasta entonces, testimonios como el de Velejo Patérculo (que había servido como soldado en Germania, y en el cual percibimos el miedo como fruto de la experiencia personal)³⁵ resultan escasos. El discernimiento popular de un territorio como la Germania se basaba en mapas como el de Agripa, con sus notables errores, en los desfiles de triunfo donde se exhibían prisioneros extraliminales (Tac., *Ann.*, II, 41, 2), en los relatos de soldados, tanto más exagerados cuanto más lejanos habían sido sus destinos (Tac., *Ann.*, II, 24, 4), y en la literatura oficial que, como venimos observando, rezumaba la retórica ideológica de la élite gobernante³⁶. Las guerras fronterizas se hallaban muy lejanas para el hombre mediterráneo, pues la misma Roma era ajena a ellas en cuanto que se consideraba impuro relacionar la guerra con la *Urbs*, por más que fuera ésta la que las provocaba³⁷.

Pero en el siglo III los godos acercaron notablemente el recuerdo del peligro bárbarico a las riberas del *Mare nostrum* y tomaron el relevo de catos, suevos y queruscos. Aquéllos eran los *Getae* de los poetas tardo-republicanos, término que derivará en el *Gothi* en la Antigüedad Tardía³⁸. Sin embargo, y a pesar de una amenaza tan palpable como la de Breno, los literatos de la época no acertaron a catalogar al enemigo sino con datos confusos e inexactos, ignorando, a veces, su carácter germánico y tipificándolos como pueblos escíticos³⁹.

Los godos retuvieron el relevo de la barbarie hasta bien entrado el siglo IV. El propio Amiano Marcelino los destacaba, entre todos los pueblos bárbaros que aparecen en sus *Res gestae*, por la gravedad de sus desmanes⁴⁰. Es el antioqueno un verdadero innovador en la descriptiva del enemigo extraliminar: en el caso de la Germania, Amiano distinguía magistralmente a los nuevos pueblos (alamanes, francos, burgundios, sajones), que habían tomado el testigo de los de la época de Tácito⁴¹. Pero su mayor aportación a la etnografía clásica consistió, precisamente, en prolongar un tramo más la carrera de relevos de la barbarie: el representado por los hunos, raza nómada y misteriosa que aparece por el horizonte estepario para propiciar todo un efecto dominó que acabará con

³² A.N. Sherwin-White, *o.c.*, pp. 48-49. En los *Annales*, por otra parte, el bárbaro aparece descrito en toda su riqueza conceptual, acentuándose el arquetipo a pesar de la distinción de particularidades entre los pueblos externos: *ferocia* de los siluros, *perfidia* de los armenios, violencia insaciable de los germanos, movilidad de los nómadas, etc.

³³ En Tac., *Hist.*, I, 79, 1, se establece muy claramente que el peligro bárbaro ha de suscitar la unión de los romanos. Este pensamiento también lo hallamos en Floro (II, 21).

³⁴ M.P. González-Conde, 1991, *La guerra y la paz bajo Trajano y Adriano*, Madrid, p. 57.

³⁵ Velejo Patérculo escribe de los germanos: «*Summa feritate versutissimi, natumque mendacio gens*» (II, 109, 2); «*Homines qui nihil praeter vocem membraque haberent hominum*» (II, 117, 3).

³⁶ B. Luiselli, *o.c.*, p. 254.

³⁷ M.P. González-Conde, *o.c.*, pp. 99 ss.

³⁸ S. Teillet, *o.c.*, p. 21.

³⁹ B. Luiselli, *o.c.*, pp. 318 ss.

⁴⁰ *Vid.* XXXI, 5, 5; 5, 8-9; 6, 7; 8, 6-9; 16, 1; 16, 3; 16, 7.

⁴¹ E.A. Thompson, *o.c.*, p. 159.

la invasión del Imperio Romano por parte de otras *nationes* bárbaras: visigodos primero, alanos, suevos y vándalos un poco más tarde. El huno, apenas conocido por el hombre mediterráneo, resultaba perfecto para encarnar toda la pujanza destructiva que otros pueblos como los germanos, en general, o los godos en particular, habían perdido por la fuerza de la aculturación o la cristianización⁴². Además, el nuevo enemigo aparecía por el frente del Danubio, con lo cual Amiano se apoyaba en la tradición, ya observada en Tácito (*Germ.*, 46, 6), que situaba el peligro bárbaro en la fabulosa y vasta región de Escitia antes que en Germania⁴³. En este sentido, su retrato en las *Res gestae*, confuso y hasta cierto punto pergeñado a duras penas, nos presenta a un pueblo subhumano, bestial, con unas costumbres vesánicas y un comportamiento totalmente opuesto al de los romanos. Y salta a la vista que estos bárbaros se distinguen claramente de los que habían amenazado al Imperio en el pasado; en el plano etnográfico, destacan por los dos grandes pilares de la barbarie: *feritas* (XXXI, 2, 1), en la que sobrepasan a todos los otros pueblos extraliminales, y *vanitas* (XXXI, 2, 11). Es ésta una curiosa mezcla de los dos vicios-matriz que caracterizaban, respectivamente, a germanos y persas⁴⁴, dando lugar a un nuevo rival que parece aunar toda la peligrosidad de norteños y orientales y que, al sintetizarlos en uno, los sustituye para crear al nuevo bárbaro-tipo: el que no está aculturado, el que no se identifica en ningún sentido con la cultura mediterránea, el que, por tanto, no dudaría en destruir al Estado romano si se le presentara la ocasión.

En realidad, tanto peligro carecía de cualquier fundamento: los hunos no representaron nunca una seria amenaza para Roma-Constantinopla⁴⁵. Quizás la piedra de toque se halle en la renovación de la imagen del *barbarus*, del enemigo por antonomasia, que a finales del siglo IV necesitaba de una revisión para seguir resultando eficaz⁴⁶.

De una forma paralela al desarrollo de la tardo-romanidad, los autores cristianos, ya inspirados en la tradición pagana, ya motivados por las necesidades de la Iglesia, procedieron a innovar el estereotipo del bárbaro. De este modo, el hueco que dejan los godos como bárbaros arquetípicos, condición que ostentaban desde el siglo III, es ocupado por otras *nationes* que toman el relevo como adversarios de la romanidad: para Orosio, son los vándalos (VII, 38, 1, raza pérfida y ávida de riqueza), los burgundios (VII, 32, 12) o, en general, los bárbaros que invaden la Península Ibérica (VII, 38, 3, auténtica plaga según el hispano)⁴⁷. Para Sidonio Apolinar, francos, burgundios y, sobre todo, hunos, se convierten en los nuevos bárbaros al modo tradicional⁴⁸. Isidoro de Sevilla

⁴² Sobre la cristianización de los godos, *vid.* P. Scardigli, 1967, «La conversione dei Goti al Cristianesimo», en *Settimane di Studio sull'Alto Medioevo*, (Spoleto), pp. 47-86; E.A. Thompson, 1989, «El Cristianismo y los Bárbaros del Norte», en Momigliano, A., ed., *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV* (Madrid), pp. 72-94; N. Lenski, 1995, «The date of the Gothic civil war and the date of the Gothic conversion», *G.R.B.S.*, 36, 1, pp. 51-87.

⁴³ S. Teillet, *o.c.*, pp. 18 ss: el estereotipo del bárbaro godo que se impone en la Antigüedad Tardía se generó ya en los tiempos tardo-republicanos y altoimperiales a través de la imagen del geta-escita-sármata transdanubiano, verdadero ancestro literario de los godos. El huno, pues, era la consecuencia lógica si se trataba de sustituir al godo.

⁴⁴ *Vid.* el significativo pasaje XXXI, 2, 20, en que Amiano atribuye el poder bélico de los persas a la sangre escita que corre por sus venas.

⁴⁵ Remitimos a C. King, 1987, [1995], «The veracity of Ammianus Marcellinus' description of the Huns», *AJAH* 12, pp. 77-95, y a nuestro «Los hunos: la gran invención de Amiano Marcelino», *RSA* 31, 2001a, pp. 115-145.

⁴⁶ F. Paschoud, 1967, *Roma Aeterna. Études sur le patriotisme Romain dans l'Occident latin à l'époque des grandes invasions*, Neuchâtel, p. 203: la clave del patriotismo de un romano del siglo IV es su odio hacia los bárbaros.

⁴⁷ Orosio evita aplicar los clichés tradicionales a los godos, no faltando los pasajes en que se contempla a romanos y bárbaros en un plano de igualdad (VII, 39, 9; 22, 9; 41, 2).

⁴⁸ El bárbaro es el enemigo de Roma (*Ep.*, VII, 7, 2), crueles y salvajes (*Carm.*, V, 128; VII, 303; 363-368; 392-393; *Ep.*, I, 8, 2; II, 1, 2; III, 3, 7-8), destacan por su belicosidad (*Carm.* VII, 361-362; 398-399; 411-430; 489-491; *Ep.*, III, 4, 1; VII, 11, 1) y por su clásica perfidia (*Carm.*, XXIII, 241; *Ep.*, VI, 6, 1; VII, 6, 4).

caracteriza a los godos de «vencedores irreprochables» y a los demás pueblos (suevos, vándalos) que invadieron la Península Ibérica con anterioridad, de crueles conquistadores y herejes. Paulo Diácono establece una clara diferencia entre un longobardo, aliado del Imperio y defensor de la causa romana, y un fiero y salvaje gépido⁴⁹. *Gentes*, en suma, que no sólo no han abrazado el cristianismo sino que, además, lo amenazan desde su irracionalidad destructiva y desde lo espurio de sus creencias religiosas.

En conclusión: a lo largo de toda la civilización romana, el enemigo externo mantiene, en sus rasgos generales, una constancia, pero se encarna en diferentes pueblos según las circunstancias históricas. En primer lugar fue el galo (celta), que amenazaba a la misma Roma a través de los Alpes; más tarde, cuando éste fue absorbido y medianamente aculturado, le sucedió el germano transremano⁵⁰ y poco después, y de forma puntual, otros como el tracio o el britano⁵¹. Éstos, vencidos o controlados, pasaron el relevo a los godos a raíz de la crisis del siglo III. No obstante también los nuevos bárbaros-tipo cayeron bajo la influencia romana: por romanización primero y por cristianización más tarde. Entonces la literatura oficial creó, a fin de conservar la utilidad de orden interno del concepto *barbarus*⁵², un nuevo adversario que cubría el hueco dejado por los germanos: el nómada asiático, el huno. Y en esta tarea uno de los pioneros, si no *el pionero*, fue, sin duda alguna, Amiano Marcelino. Su imagen de los esteparios fue adoptada y consolidada por los autores eclesiásticos, que la demonizaron, en una forma sin parangón hasta entonces, en beneficio de la causa de la Iglesia⁵³.

Siguiendo las reglas de este proceso de relevo del bárbaro típico, en el siglo VI los hunos, ya carentes de importancia alguna en el panorama político de Europa, serán sustituidos por otro «gran adversario»: los búlgaros⁵⁴. Y a éstos les sucederán otros recién llegados, los ávaros, que aportarán savia nueva a la amenaza bárbarica: en la literatura de la corte carolingia se presentan las guerras francas contra los ávaros como una cruzada contra gentes paganas, dado que los asiáticos solían saquear, con frecuencia, iglesias y monasterios⁵⁵. La pervivencia de este instrumento ideológico la observamos mucho tiempo después: en el siglo XVI, *Getae* es el nombre que reciben los turcos como bárbaros enemigos de los cristianos⁵⁶.

Resulta curioso que la abrumadora mayoría de la población romana, incluso buena parte de los sectores cultivados, no podía diferenciar a un picto de un sármata, o a un godo de un huno. Pero todos ellos sabían, necesitaban saber, que más allá de las fronteras les aguardaba el salvajismo, la destrucción, la muerte. Sólo así se justificaba la existencia de un emperador, de un ejército, de una burocracia que, pese a sus enormes gastos, pese al uso y abuso desmesurados del poder, garantizaban

⁴⁹ M.L. Angrisani Sanfilippo, 1992-1993, «Un contrasto tra Longobardi e Gepidi: *Paul.Diac., Hist.Lang., I, 24*», *Romanobarbarica* 12, pp. 153-172.

⁵⁰ R. Chevallier, 1961, *Rome et la Germanie au I^{er} siècle de notre ère*, Bruxelles, p. 27: «Les caractéristiques des Germains sont celles des Gaulois, simplement poussées à l'extreme».

⁵¹ D.B. Saddington, art.cit., pp. 100-101.

⁵² O sea, justificar la posición preeminente de las instituciones de poder. Vid. J.F. Drinkwater, 1999, «Ammianus, Valentinian and the Rhine Germans», en J.W. Drijvers, D. Hunt, eds., *The Late Roman World and its Historian. Interpreting Ammianus Marcellinus* (London and New York), pp. 127-138; «The "Germa-

nic threat of the Rhine frontier". A Romano-Gallic artefact», en *Shifting Frontiers...*, pp. 20-30.

⁵³ Vid. Oros., VII, 33, 9-10; Syn.Cir., *De regno* XI; Hier., *Ep.*, LXXVII, 8; Greg.Tur., *Hist.Franc.*, IV, 23; 29; II, 5-8; V, *praef.*, 8, 30; Isid., *Hist.Goth.* 28-29.

⁵⁴ S. Barnish, 1992, «Old Kaspars: Atila's invasion of Gaul in the literary sources», en *Fifth-century Gaul: a crisis of identity?*, Drinkwater, J.F., Elton, H., eds., (Cambridge), p. 42.

⁵⁵ G. Fasoli, 1988, «Unni, Avari e Ungari nelle fonti occidentali e nella storia de paesi d'Occidente», en *CISAM, Sett. Stud. XXXV, Popoli delle Steppe: Unni, Avari, Ungari*, I, (Spoleto), pp. 24 ss.

⁵⁶ S. Teillet, *o.c.*, p. 51.

la integridad de Roma y de sus súbditos frente a las devastadoras fuerzas del universo no-romano. Ésta es la principal función del concepto del bárbaro para la época imperial. Una función que justificaba, en todo momento, la renovación de un instrumento propagandístico tan útil para los que se hallaban en la cúspide de la sociedad como la propia fuerza de las legiones que, precisamente, les mantenían en tan preeminente posición (Guzmán Armario 2001b).

FRANCISCO JAVIER GUZMÁN ARMARIO
 Área de Historia Antigua
 Universidad de Cádiz
 Avda. Gómez Ulla, 1
 11.003, Cádiz
 javier.guzman@uca.es

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO DEL REAL, C., 1972, *Esperando a los bárbaros*, Madrid.
- ANGRISANI SANFILIPPO, M.L., 1992-1993, «Un contrasto tra Longobardi e Gepidi: Paul.Diac., *Hist.Lang.*, I, 24», *Romano-barbarica* 12, pp. 153-172.
- BARNISH, S., 1992, «Old Kaspars: Attila's invasion of Gaul in the literary sources», en: *Fifth-century Gaul: a crisis of identity?*, Drinkwater, J.F., Elton, H. (eds.), Cambridge, pp. 38-47.
- BELL, B.M., 1995, «The contribution of Julius Caesar to the vocabulary of ethnography», *Latomus* 54:4, pp. 756-767.
- BRACCIOTTI, A., 1993-94, «Le due redazioni del *De proprietatibus gentium* e il loro rapporto con la tradizione barbarologica latina», *Helikon* 33-34, pp. 441-451.
- CHEVALLIER, R., 1961, *Rome et la Germanie au I^{er} siècle de notre ère*, Bruxelles.
- DAUGE, Y.A., 1981, *Le Barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et de la civilisation*, Bruxelles.
- DRINKWATER, J.F., 1996, «The "Germanic threat of the Rhine frontier". A Romano-Gallic artefact», en: *Shifting Frontiers in Late Antiquity*, Aldershot, pp. 20-30.
- , 1999, «Ammianus, Valentinian and the Rhine Germans», en: J.W. Drijvers, D. Hunt, (eds.), *The Late Roman World and its Historian. Interpreting Ammianus Marcellinus*, London and New York, pp. 127-138.
- ELTON, H.W., 1996, «Defining Romans, Barbarians and the Roman frontier», en: *Shifting Frontiers in Late Antiquity*, Aldershot, pp. 126-135.
- FASOLI, G., 1988, «Unni, Avari e Ungari nelle fonti occidentali e nella storia de paesi d'Occidente», en: *CISAM, Sett. Stud. XXXV, Popoli delle Steppe. Unni, Avari, Ungari*, I, Spoleto, pp. 15-43.
- FEHRL, E., 1925, «Romania bei Ammianus Marcellinus», *Philologische Wochenschrift* 5, pp. 381-382.
- G. FREYBURGER, 1976-1977, «César face aux Barbares: sens et emplois du mot *barbarus* dans le *De Bello Gallico* et le *De Bello Civili*», *Bulletin de la Faculté des Lettres de Mulhouse* 8, pp. 13-19.
- GARCÍA GUAL, C., 1990, «La utilidad de los bárbaros», *Claves de Razón Práctica* 5, pp. 64-69.
- GONZÁLEZ-CONDE, M.P., 1991, *La guerra y la paz bajo Trajano y Adriano*, Madrid.
- GUZMÁN ARMARIO, F.J., 2000-02, «Las *externae gentes* bajo los estandartes de Roma: asentamiento y reclutamiento bárbaros en las *Res gestae* de Amiano Marcelino», *Romano-barbarica* 17, pp. 85-115.
- , 2001a, «Los hunos: la gran invención de Amiano Marcelino», *RSA* 31, pp. 115-145.
- , 2001b, «El poder de las fronteras o las fronteras del poder. Reflexiones sobre los límites del Imperio Romano», *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 4, pp. 285-304.
- KING, C., 1987, [1995], «The veracity of Ammianus Marcellinus' description of the Huns», *AJAH* 12, pp. 77-95.
- LAFON, X., 1984, «Sur quelques représentations iconographiques des habitants de la Narbonnaise de César à Tibère», *Ktema* 9, pp. 89-95.
- LASSANDRO, D., 1980, «La rappresentazione del mondo barbarico nell'oratoria encomiastica del IV secolo D.C.», *Invigliata Lucernis* 2, pp. 181-205.
- LEE, A.D., 1993, *Information and frontiers. Roman foreign relations in Late Antiquity*, Cambridge.

- LENSKI, N., 1995, «The date of the Gothic civil war and the date of the Gothic conversion», *G.R.B.S.* 36, 1, pp. 51-87.
- LOMAS, F.J., 1981, «Bárbaros y barbarie en Estrabón», *Actas del I Congreso Andaluz de Estudios Clásicos*, Jaén, pp. 15-27.
- LUISELLI, B., 1992, *Storia Culturale dei Rapporti tra Mondo Romano e Mondo Germanico*, Roma.
- MARCO SIMÓN, F., 1993, «*Feritas celtica: imagen y realidad del bárbaro clásico*», en: *Modelos ideales y prácticas de vida en la Antigüedad clásica*, Falqué, E., Gascó, F. (eds.), Sevilla, pp. 141-166.
- MARTÍNEZ-PINNA, J., 1978, «Camilo y los galos. Nota sobre la invasión celta en Italia en el siglo IV», *H.Ant.* 8, pp. 7-16.
- MAURIN, J., 1984, «Les Barbares aux arènes», *Ktéma* 9, pp. 103-111.
- ONIGA, R., BORCA, F., 1996-1997, «La immagine della Germania in età romanobarbarica: riprese di modelli culturali classici», *Romanobarbarica* 14, pp. 79-102.
- PASCHOUD, F., 1967, *Roma Aeterna. Études sur le patriotisme Romain dans l'Occidente latin a l'époque des grandes invasions*, Neuchâtel.
- PEYRE, C., 1970, «Tite-Live et la ferocité gauloise», *R.E.L.* 48, pp. 277-296.
- SADDINGTON, D.B., «Roman attitudes to the *externae gentes* of the North», *A. Class.* 4, 1961, pp. 90-102.
- SALINAS DE FRÍAS, M., 1998, «La guerra de los cántabros y astures, la etnografía de España y la propaganda de Augusto», en: Hidalgo, M.J., Pérez, D., R. Gervás, M.J. (eds.), en *Romanización y Reconquista en la Península Ibérica: nuevas perspectivas*, Salamanca, pp. 155-170.
- SCARDIGLI, P., 1967 «La conversione dei Goti al Cristianesimo», en: *Settimane di Studio sull'Alto Medioevo*, Spoleto, pp. 47-86
- SEAGER, R., 1986, *Ammianus Marcellinus. Seven studies in his language and thought*, Columbia.
- SHERWIN-WHITE, A.N., 1967, *Racial prejudice in Imperial Rome*, Cambridge.
- SORDI, M., 1979, «Ellenocentrismo e filobarbarismo nell'exkursus gallico di Timagene», en: *Conoscenze Etniche e Rapporti di Convivenza nell'Antichità*, a cura di M. Sordi, Milano, pp. 34-56.
- TEILLET, S., 1984, *Des Goths à la Nation Gothique. Les origines de l'idée de nation en Occident du V^e au VII^e siècle*, Paris.
- THOMPSON, E.A., 1976, *Una cultura barbarica: I Germani*, Roma-Bari.
- , 1989, «El Cristianismo y los Bárbaros del Norte», en: Momigliano, A. (ed.), *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Madrid, pp. 72-94.
- TRAINA, G., 1986-1987, «Aspettando i barbari. Le origini tardoantiche della guerriglia di frontiera», *Romanobarbarica* 9, pp. 247-280.
- ZEILLER, J., 1929, «L'apparition du mot *Romania* chez les écrivains latins», *R.E.L.*, pp. 194-198.